

El Justo Medio

3, febrero, 1988

Crítica al Crítico

POR LORENZO MEYER

CONTRA lo acostumbrado en esta columna, hoy no voy a criticar a nadie sino a defenderme de las críticas. De tarde en tarde conviene detenerse para echar un vistazo a las críticas acumuladas contra el crítico, y decidir si debe uno seguir por el camino acostumbrado o lo cambia.

Las críticas a las que me voy a referir no son las hechas exclusivamente a mi persona, pues esas sólo son de interés para mí, sino aquéllas más generales y que abarcan a todo un grupo de personas que comparten dos modalidades: ser, a la vez, comentarista político y miembro de una institución académica, y exponer sistemáticamente el lado oscuro de la estructura del poder, haciendo a un lado su cara positiva y benigna, que la tiene.

*

POR si el lector no lo sabe, hay en las universidades quienes sostienen que, en el fondo, son incompatibles los papeles de académico y comentarista político. Estas son algunas de sus razones: la actividad académica es un trabajo muy especializado, sus frutos están destinados a un público reducido, y requiere de un esfuerzo prolongado de investigación —generalmente de varios años— para cada obra. El compromiso académico necesita, pues, de tiempo para la reflexión y de una cierta distancia respecto al objeto de estudio, con el fin de permitir, en la medida en que esto es posible, la objetividad. En fin, el quehacer académico debe basarse únicamente

en el registro y análisis de hechos claramente comprobables, no en conjeturas, rumores o ejemplos aislados.

En el trabajo del comentarista, en cambio, casi no hay tiempo para la reflexión, ni distancia respecto al objeto; frecuentemente se debe llegar a conclusiones rápidas, muy esquemáticas y simplificadas, y elaboradas sin tener el conocimiento suficiente de los hechos. Esta urgencia para reaccionar y la falta

de información crean lagunas que, a querer que no, el comentarista llena, con sus valores políticos y prejuicios, en detrimento de la objetividad. En resumen, este tipo de crítica apunta a una conclusión muy severa: al convertirse en comentarista, el académico abdica de una responsabilidad más alta, pues inevitablemente termina por dejar el análisis serio del fenómeno del poder, para con frecuencia caer en el juicio fácil, quizá espectacular pero trivial. En fin, según este punto de vista, el ensayo político periodístico y el trabajo académico son actividades similares en la superficie pero muy distintas en el fondo, y quien pretende practicar ambas corre el riesgo de perder lo más por lo menos.

Pasemos ahora a examinar la otra veta de la crítica al crítico: ésa que pone el acento en la falta de balance. Desde ese ángulo se señala que el buen comentarista debe ser equilibrado, aristotélico, y alejarse de los extremos para permanecer dentro del justo medio. Aquel que de manera sistemática se dedica a buscar y exponer los lados oscuros del poder no necesariamente miente, pero si distorsiona la realidad, pues nadie puede negar que, incluso en México, existen los contraejemplos: el funcionario honesto, la institución eficiente, la decisión política atinada. La prueba del error de la crítica sistemática la da el hecho de que si alguien se atuviera sólo a ella para normar su juicio, se quedaría con la idea —obviamente falsa— de que en nuestro país todo es autoritarismo, corrupción e ineficiencia. En resumen, para ser realmente objetivo, la selección de los temas y enfoques del comentarista debe ser tan variada como la realidad misma: criticar lo criticable, pero igualmente ensalzar lo ensalzable.

Bien, una vez expuestos los puntos de vista anteriores, conviene hacer la defensa. Empezaré por el final. Es verdad que Aristóteles señaló la enorme virtud del justo medio, pero igualmente aceptó que en una situación donde ya se hubiera caído en uno de los extremos, lo virtuoso era justamente car-

El Justo Medio.- Crítica al Crítico

Sigue de la página siete

garse al otro extremo. No creo equivocarme ni exagerar si afirmo que en México vivimos, por lo que a política se refiere, una situación muy alejada del justo medio. Aquí el poder se ejerce sin equilibrio, pues ésa es precisamente una de las esencias de nuestro autoritarismo. En el sistema de partidos existe uno que domina de manera sistemática; entre los poderes, uno prevalece

sin discusión, el Ejecutivo; en el pacto federal el centro subordina a las regiones, etcétera. Por lo mismo, en los medios de información masiva —prensa, radio, televisión— lo que ha imperado por decenios es el punto de vista del gobierno y sus aliados. La burocracia gubernamental cuenta en su seno con esos que alguien llamó en el país vecino **the best and the brightest**, es decir, los mejores y más brillantes, ellos son los encargados de alimentar con datos, enfoques y recursos económicos los análisis de un ejército de informadores que desean subrayar el lado positivo del sistema político y para quienes siempre hay espacio adecuado y recompensa apropiada.

Para que quienes sistemáticamente usamos el ensayo político a fin de poner de manifiesto los defectos del sistema, cometiéramos el pecado de distorsión de la realidad por exageración, necesitaríamos ser muchos más, más que los defensores y apologistas del sistema, cosa que obviamente aún está muy lejos de suceder.

Volvamos ahora la atención a la supuesta incompatibilidad entre el quehacer académico y el del comentarista. No pretendo minimizar el problema, pero creo que, cuando existe, no se trata de una contradicción entre la esencia del análisis académico y la del comentario político —en realidad se pueden ver como un continuum—, sino una falla de quien lo practica. El compromiso en ambos géneros está con la objetividad, pero en el análisis social —se haga éste en una obra monumental o en la hoja de un periódico— no existe la objetividad plena, esa que se da

en las matemáticas, para poner un ejemplo extremo. Las fallas en este campo no dependen del tiempo que se dedique a la creación de la obra, sino que están en la esencia de la disciplina: en el análisis del fenómeno social no hay objetividad completa.

Permitásemos concluir esta parte de la discusión con un simil; cuando el artista es bueno —lo cual no quiere decir que pretendo insinuar que ese sea mi caso—, lo mismo puede hacer un enorme mural que le lleve años que un boceto trazado en una hoja de papel en que sólo invirtió unos minutos. Lo uno no sustituye a lo otro, pero no se oponen; es más, el boceto bien puede ser necesario para la obra mayor. Ambos, pues, tienen su lugar, su objetivo es diferente, pueden ser obra de la misma persona y, si no se exagera, resultan complementarios. Eso mismo se puede decir del ensayo político para un periódico con relación a la obra de investigación.

Creo, pues, que en tanto el académico no introduzca en su investigación de fondo el improvisar, el carácter coyuntural y la parcialidad propia e inevitable del comentarista, la misma persona puede desempeñar cabalmente sus dos papeles, enriqueciendo a cada uno con las experiencias del otro. La tarea no es necesariamente fácil, pero está muy lejos de ser imposible. En conclusión, es muy válido criticar la labor del académico metido a ensayista, pero sólo en función de la calidad del ensayo, mas no porque con él haya violado las reglas de conducta de su gremio.

Todo lo anterior, claro está, es un punto de vista que bien puede estar equivocado.